

¿Es legítimo tomarse la justicia por la mano?  
Los hermanos Hammer revolucionan la novela  
policíaca escandinava con una nueva serie.

LOTTE HAMMER  
Y SØREN HAMMER

# EL LADO OSCURO

colibrí



Una temprana mañana unos niños realizan un hallazgo macabro. Del techo del gimnasio de su escuela cuelgan, con precisión matemática, cinco cadáveres mutilados. El escenario recuerda una ejecución pública.

El inspector jefe de la policía de Copenhague, Konrad Simonsen, debe interrumpir abruptamente sus vacaciones en la costa danesa para dirigir la investigación. Junto a su equipo, Simonsen trata de resolver unos crímenes cuya espectacularidad y escenario tienen en vilo al país. Mientras lucha por impedir que la morbosa prensa sensacionalista se haga con datos claves de la investigación, Simonsen trata de descifrar qué oculta el inteligente y siniestro bedel de la escuela.

No hay duda de la participación de Per Clausen en los hechos, pero su frialdad le hace prácticamente impenetrable. Por fortuna, Simonsen es un perro viejo, tan experto como tenaz, y poco a poco logrará desenredar una tupida madeja de manipulación y venganza que tiene su origen en un pasado no tan lejano.

***El lado oscuro*** es una inquietante novela policiaca que pone al lector al límite llevándole a reflexionar acerca de la legitimidad de que un ciudadano de a pie se tome la justicia por su propia mano.

## Prólogo

**D**espués de arrojar los últimos trozos de leña, el hombre se enderezó, apretó los puños contra los riñones y se dobló un par de veces hacia atrás para mitigar un sorprendente dolor en la espalda. Estaba acostumbrado al trabajo físico, por lo que el esfuerzo de un par de horas que había empleado en llenar la fosa preparada en aquel campo no era demasiado, y frente a lo que había llevado a cabo en el transcurso del día, unos ligeros dolores musculares carecían de importancia. Simplemente, le extrañaban.

Un poco molesto, tomó el último bidón de queroseno y derramó el contenido sobre la madera, cuya capa superior estaba al nivel del terreno. Alrededor de quince metros cúbicos de madera de haya bien seca, con algo de olmo, castaño y abedul, más un ciruelo joven, con la corteza rojiza en el lado que miraba al mediodía, y verde en el de la umbría, tal y como observó con mirada experta. Además treinta y un sacos de carbón, una cantidad de la que había tomado buena nota antes de comenzar y que, después, había ido contando saco a saco a medida que los llevaba hasta el lugar, para que el trabajo se hiciera menos monótono. Miró el reloj y se dio cuenta de que la esfera estaba cubierta de sangre coagulada y que no se podían ver las manecillas. Igual que la última vez. Enfadado, se lo quitó y lo lanzó a la pira; escrutó el cielo, que comenzaba a oscurecerse. Por al oeste la cubierta de nubes bajas se iluminaba con el reflejo rojo oscuro del sol poniente, y el lago que se extendía bajo

los campos aparecía gris y difuminado. La tormenta se aproximaba.

De la mochila sacó un traje nuevo y una bolsa de plástico con toallitas húmedas. Desnudó su nervudo torso y, a pesar de notar enseguida el frío, mientras se lavaba metódicamente sintió la agradable sensación de la tela sobre su piel. Fue especialmente meticuloso con la cabeza y las manos, donde el polvo del carbón había dejado marcas que podían llamar la atención, lo que le hizo pensar en que debería haber traído un espejo. Sonrió fríamente al crepúsculo. No solía preocuparse por el reflejo de su imagen, pero hoy era especial. Quizá justamente hoy, en este rastrojo de Selandia dejado de la mano de Dios, podía contemplarse con cierto orgullo, incluso puede que hasta librarse de su estúpido apodo. Todos le llamaban «Trepador». Sólo unos pocos conocían su verdadero nombre, el nombre de aquella época en la que aún alguien se preocupaba por él y en la que él se preocupaba por alguien. Hasta que... dejó de ser así.

El recuerdo de su infancia no quedó impune: el dolor de los riñones se extendió hasta las nalgas y siguió bajando por la parte posterior del muslo como un penoso escozor. Lo ignoró y se concentró en cambiarse de ropa; dejó la vieja sobre los troncos. Cuando terminó, sintió rugir en su interior la dulzura de la venganza. Excepto por un único imprevisto, que no le había revelado a nadie para así poder resolverlo más adelante, había desempeñado su papel punto por punto. Ahora era el turno de los demás del grupo.

Sacó un encendedor, se agachó y prendió fuego. El queroseno ardió de inmediato y las llamas se alzaron hacia él, por lo que, asustado, retrocedió un paso. Durante un instante se calentó junto a la hoguera, pero rápidamente lo dominó un profundo malestar ante el fuego.

Un relámpago rasgó el crepúsculo. El hombre se volvió tranquilamente y contempló el cielo; la tormenta había llegado antes de lo esperado. Desde el barranco que se ex-

tendía a su izquierda, donde el bosque descendía hacia el lago, se aproximaban dos negras nubes de tormenta, como si la tierra se hubiese abierto y desatado las oscuras fuerzas del averno. Un nuevo relámpago estalló mientras la tercera nube negra se enroscaba entre la barranca. Después vino la lluvia. Grandes y violentas gotas, miles de afiladas saetas que rebotaban en el campo y levantaban la tierra por encima de las duras cañas. Poderosas, purificadoras, justas.

Durante un instante contempló la hoguera con preocupación, pero el agua era incapaz de apagar el fuego; únicamente mantenía las llamas bajo control. Luego se dio la vuelta y con paso decidido se encaminó hacia el bosque sin volver la vista atrás. Pronto fue engullido por la oscuridad.

## 1

**E**l lunes por la mañana la niebla había caído sobre la tierra en blancas y esponjosas ondas. Los dos niños apenas podían ver a un metro de distancia mientras cruzaban el patio del colegio. Tenían que ir sondeando su memoria, y pronto comenzaron a avanzar tanteando, con más precaución. El niño, con la cartera en los brazos, se retrasó unos pasos respecto de la niña, y de repente se detuvo.

—No te vayas.

También la niña se paró. La niebla se espesó en su pelo y tuvo que secarse las gotas de la frente, mientras aguardaba pacientemente a su hermanito, que pugnaba por colocarse la cartera a la espalda. Había hablado en turco, cosa que raramente hacía, y casi nunca con ella; ahora trasteaba con las correas y ella se aproximó, pero sin ayudarlo. Cuando por fin terminó, su hermana lo tomó de la mano; miró alrededor sin ver nada más que niebla y oscuridad.

—Mira lo que has hecho —dijo.

—¿Qué he hecho?

Apretó su mano con más fuerza y habló en voz baja.

—Da lo mismo. No lo entenderías.

Elegió una dirección al azar y anduvo a ciegas un par de pasos antes de volver a detenerse. El niño se pegó a ella.

—¿Estamos perdidos?

—Idiota.

—En casa había luz.

—Dentro de poco también la habrá aquí.

—¿Qué quiere decir «perdidos»?

Ella no le contestó e intentó convencerse a sí misma de que no había nada que temer, de que el patio del colegio no era muy grande y de que sólo tenían que seguir avanzando.

—No debemos ir con extraños. Pase lo que pase, no debemos ir con extraños. ¿A que no?

El llanto le palpitaba en la voz, mientras su hermana tiraba de él en una serie de pasos inseguros, hasta que de pronto, a un lado, percibió un débil brillo y se dirigió hacia allí.

Cuando llegaron a la entrada principal, el niño le soltó la mano y se apresuró a entrar en el edificio, sin acordarse de que un momento antes había estado a punto de llorar.

Poco después se encontraban en el pasillo delante del gimnasio; la chica se sentó en un banco a leer y su hermano llegó corriendo con una pelota en los brazos.

—¿Jugamos al fútbol? Lo haces muy bien.

—¿Has colgado la ropa? ¿Has dejado la cartera en su sitio?

Él, con ojos muy abiertos, asintió convencido, como si fuera la credibilidad en persona.

—Ya estás yendo a hacerlo.

El niño desapareció sin una queja, pero regresó poco después y repitió su propuesta sobre el fútbol.

—Antes tengo que acabar de leer una cosa. Empieza sin mí; luego iré.

Él miró con escepticismo el libro. Se trataba de un volumen bastante grueso.

—¿Cuándo vas a venir?

—Cuando haya terminado el capítulo. Ahora vete a jugar solo. Enseguida acabo.

El niño entró en el gimnasio. Al poco rato, ella oyó el ruido de la pelota y continuó con su lectura, cerrando de vez en cuando los ojos para imaginarse que era un personaje más de la historia.

Su hermano la interrumpió.

—No tengo sitio para jugar —le gritó desde el interior del gimnasio.

—¿Por qué?

—Porque hay unos hombres colgados.

—Pues juega a su alrededor.

De pronto apareció ante ella sin que lo hubiera oído llegar.

—No me gustan esos hombres.

Ella olfateó el aire un par de veces.

—¿Te has tirado un pedo?

—No, pero no me gustan los hombres muertos. Tienen heridas.

La niña se levantó enfadada y se dirigió a la puerta del gimnasio con su hermano pegado a la espalda.

Había cinco personas colgadas del techo, cada una de una cuerda. Estaban desnudas y vueltas hacia ella.

—¿No te parecen asquerosos?

—Mucho —respondió la niña cerrando la puerta.

Luego rodeó con el brazo a su hermano.

—¿Ya no podemos jugar al fútbol?

—No, no podemos jugar al fútbol. Tenemos que buscar a una persona mayor.



## 2

**E**l inspector jefe Konrad Simonsen disfrutaba de sus vacaciones. Estaba sentado en una habitación con mirador que tenía la casa de verano en la planta superior. Encendió el cuarto cigarrillo de la mañana y saboreó un café, también el cuarto, mientras sin pensar en nada contemplaba, a través de los enormes ventanales de la habitación, un par de estratos que cruzaban el cielo.

La joven que entró en la habitación tras acabar con el *footing* de la mañana se había quitado las zapatillas y los calcetines, por lo que no sintió sus pasos, y se sorprendió al oírla hablar. Además estaba acostumbrado a estar solo.

—¡Uf, papá! Al menos podrías ventilar un poco.

El humo del cigarrillo flotaba pesadamente. La chica abrió de par en par las puertas de la terraza para permitir que una recia brisa marina entrase en la habitación, cosa que hizo revolotear sus rizos rubios. Finalmente, decidió que ya había conseguido ahuyentar el mal olor y cerró las puertas. Luego se dejó caer en el sillón por encima de él, sin preocuparse de que se pudiese arrugar el periódico que sobresalía de la cintura de sus pantalones de *jogging*.

—Buenos días, ¿has llegado hasta Blokhus? Una buena carrerita, ¿eh? —dijo el hombre.

—Días lo que se dice días..., ya es casi mediodía, dormilón. Sí, he estado en Blokhus, y tampoco está tan lejos.

—¿Eso es para mí? —dijo el hombre, que señaló el periódico.

Su hija contestó con ironía:

—Y gracias, dulce hija, por prepararme el café.

—Y muchas gracias, dulce Anna Mia, por haberme preparado el café.

Ella sacó el periódico, pero se quedó observando el cenicero. Su mirada de reproche le anunció lo que pasaría a continuación. Con un gesto de queja en las manos señaló el ventanal y apareció su dialecto de Bornholm.

—Cuatro cigarrillos antes del desayuno.

—Bueno, estoy de vacaciones y se sale de lo habitual.

Podía haberse ahorrado la mentira.

—Fumas demasiado, bebes bastante y comes mal; además, llamarte obeso pronto será un acto de cortesía.

—Casi no fumo en el trabajo y por la tarde lo hago con moderación, así que en mis vacaciones me puedo desmeleñar lo que me apetezca.

—Vale, si pasamos por alto el hecho de que mientes, suena muy razonable.

No sabía qué decir. Miró de reojo hacia el periódico, que de pronto quedaba muy lejos.

—Papá, sabes que me debes quince años, ¿no? —dijo la chica con un tono serio.

La cifra le removió la conciencia: la conocida sensación de ser un padre pésimo despertó de su letargo. Había estado dormitando durante los últimos tres años, desde una feliz tarde de mayo en la que ella apareció de repente en su puerta y le explicó que iba a estar una semana en Copenhague y que era más práctico y barato quedarse con él. Lo dijo como lo más natural del mundo. Así invadió su apartamento y su vida..., una chica desconocida de dieciséis años, dulce, alegre, llena de vida: su hija.

No había mucho más que hacer que protegerse tras el escudo y confiar en la misericordia, pero las palabras apropiadas no aparecieron. Pedir perdón le parecía absurdo y hacer propósito de enmienda y de vida sana era mucho más fácil de decir que de hacer. Por otra parte, era reacio

por naturaleza a involucrar a otros en sus sentimientos. Intentó unas cuantas medias promesas, hasta que de pronto ella abandonó la seriedad y cambió de tema:

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión, papá. ¿Y qué? ¿Ya te vas acostumbrando a este lugar? Menuda casa de lujo que tiene aquí montada Nathalie.

Aquél también era un tema conflictivo, aunque mucho menos personal, y de no haber sabido que no era así, habría sospechado de ella por haberlo retomado deliberadamente, justo en ese momento, cuando él estaba a la defensiva. Pero ella no era de ese tipo de gente; él era el único que consideraba las conversaciones como juegos de estrategia, con ganadores y perdedores. Era una mala costumbre que, con demasiada tranquilidad, despachaba como un gaje del oficio, después de años y años de interrogatorios. Intentó no dejarse provocar.

—Sí, es elegante.

—¿Por qué estabas tan enojado cuando llegamos hace dos días?

—Porque la Condesa es mi subordinada, y porque todo fue un poco exagerado.

—Pero sabías perfectamente que era suya.

—Sí, mi delicada niña, pero Dios sabe que no tenía ni idea del nivel. Esta cabaña de lujo haría aparecer el signo del euro en los ojillos del agente inmobiliario más pintado, y que la alquilemos por calderilla no es ético y, probablemente, es ilegal.

—Los frigoríficos están llenos de suficiente comida para todo un invierno nuclear.

—No vamos a estar todo un invierno nuclear, sólo catorce días, pero no tienes obligación de comer. No te va a hacer ningún daño ir gastando algo de los depósitos.

—Sin comida, sin bebida, sin cigarrillos, ¿qué será lo siguiente?

Ella lo ignoró y continuó, burlona:

—¿Sabías que los baldosines de las terrazas son azulejos italianos pintados a mano y que el mármol de la entrada se llama Ølandsbrud?

—¿Cómo lo sabes?

—Por Nathalie, naturalmente.

Nadie más llamaba Nathalie a la Condesa, y sonaba raro. Nathalie von Rosen era su nombre de nacimiento y no tenía nada de malo, pero todos la conocían como la Condesa, incluida ella misma.

—¿Habías estado aquí antes?

—Pues sí.

—Esto se pone cada vez peor.

—Y probablemente vas a pensar que empeora aún más cuando sepas que he traído un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿De quién?

—De Nathalie, pero pensé que sería mejor guardarlo un par de días. —La expresión de asombro del inspector no era fingida—. Ay, papá, a veces eres condenadamente enrevesado. No es muy difícil de entender, y si me preguntas, te diré que ella está tan superentusiasmada contigo que con que pusieras un poco de tu parte y perdieras unos quince o veinte kilos, te consideraría ser un buen partido.

El suelo de pino de Pomerania teñido de blanco crujió levemente bajo los ágiles y desnudos pies de Anna Mia; la chica ya estaba lejos antes de que él llegara a hacer ningún comentario sobre esa absurda idea.

El regalo de la Condesa era brillante. Anna Mia, como un loro en su percha, descansaba en el reposabrazos del sillón mascando cada segundo mientras él lo desenvolvía. *Mein system*, de Aron Nimzowitsch, la edición original de 1925, con dedicatoria del propio maestro: un auténtico tesoro que, por un momento, lo llevó casi al éxtasis. Su hija aprovechó para leer por encima de su hombro.

—¿Qué quiere decir con «Gracias por la ayuda»?

Él giró la tarjeta; demasiado tarde.

—¿Es que no te han enseñado modales? No se deben leer las cartas de otra persona.

—Pues yo lo hago. ¿En qué la has ayudado?

—¡No es cosa tuya!

Estuvieron en silencio durante un rato; ella sobre el respaldo, él en el sillón.

—Dime, ¿tenéis mucha relación?

—¿Quién? ¿Nathalie y yo?

Su esbozada indiferencia pretendía herir.

—Sí, claro.

—No es cosa tuya.

Y no dijo nada más.

Al poco se mostró más comunicativa:

—No conozco a Nathalie especialmente bien, y no andamos por ahí a tus espaldas. En todo caso no demasiado, y si ya había estado aquí antes, es por pura casualidad. Nos encontramos por azar en Skagen este verano y me invitó a comer. De todas formas sé cuándo la has ayudado: fue con su divorcio, ¿no es cierto?

Él dudó.

—Tuvimos algunas charlas.

Le acarició con ternura, desde la coronilla hasta la nuca.

—Creo que te has ganado tu libro, papá. Así que hazme el favor de no hablar del precio por una vez en la vida. A Nathalie nunca se le ocurriría exigir nada por sus regalos, ella no es así, y lo sabes perfectamente.

—No, no es eso. Es una cuestión de principios.

—Quizá tengas los principios equivocados.

Anna Mia se levantó y se acercó a una ventana, mientras él hojeaba el libro cuidadosamente, casi con devoción.

—Voy a darme un baño; mientras tanto, ve pensando en lo que vamos a hacer hoy.

—Sí, sí, está bien.

Lo tuvo que llamar un par de veces para que se levantara y se acercase hasta donde ella estaba; el hombre ni si-

quiera notó que el tono había vuelto a cambiar. Estaba muy lejos de allí, en una partida de ajedrez.

—¿Tienes el móvil conectado?

—No. Acordamos que dejaríamos fuera al resto del mundo, ¿no te acuerdas? ¿Por qué lo preguntas?

Se levantó echando un último vistazo a sus piezas en el tablero y miró por la ventana recorriendo el horizonte con la mirada. El quebrado paisaje de dunas se plegaba irregularmente a sus pies: las colinas azotadas por los vientos, de un color claro y brillante allí donde el sol lucía, de un gris oscuro casi negro, en las partes en sombra; un área invadida por las rosas rugosas, otra retenida por las plantas de limo. A lo lejos se podía ver el mar del Norte con blancas y brillantes crestas y en lo alto una bandada de gansos que volaban hacia el sur a lo largo de la costa. De repente sintió que el brazo de Anna Mia lo rodeaba y que su cabeza se apoyaba en su hombro. Un torpe sentimiento de vergüenza lo paralizó, como si la juventud de su hija fuese tabú; permaneció de pie y tras una eternidad de segundos ella le dijo:

—Vienen a recogerte, papá.

Sólo entonces lo vio. Un despreciable cuerpo extraño que se arrastraba lentamente por el sinuoso camino entre las dunas: un coche de policía.

## 3

Apenas cuatro horas después, Konrad Simonsen se encontraba en la escuela Langebæk, en Bagsværd, y contemplaba la lluvia que caía triste, monótonamente. En los arbustos de detrás del patio había un guía canino con su perro, dirigiendo al animal con señales y gritos y llamándolo de vez en cuando para darle una palmada y premiarle con algún elogio. Una joven con una bolsa de plástico doblada como un pañuelo improvisado se unió al guía. Durante unos instantes Konrad estuvo observando los gestos del policía, hasta que una ráfaga de viento y agua barrió el cristal y le impidió ver. Volvió la mirada hacia el pasillo. El amarillo de las paredes alternaba entre el desconchado y el sucio; el suelo de linóleo estaba agujereado y semejaba una carrera de obstáculos; aquí y allá colgaban diversas creaciones artísticas más o menos afortunadas, entre ellas una de alambre de acero enrollado y latas de cola muy polvorientas.

Agitó los brazos, desesperado.

—Maldita sea, Condesa.

Las palabras iban destinadas a la mujer que a su espalda hablaba por teléfono. Más que con ira, las pronunció para señalar lo absurdo que le parecía haber sido remitido como un paquete exprés y conducido a toda velocidad a través del país, simplemente para contemplar un triste día de octubre, sin saber casi nada de la investigación que se su-